

A. PULIDO

GRANDES
PROBLEMAS



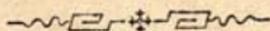


DR. ANGEL PULIDO FERNANDEZ

DE LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA

GRANDES

PROBLEMAS



MADRID

IMPRESIONAMIENTO TIPOGRÁFICO DE E. TEODORO

Amparo, 102, y Ronda de Valencia, 8

TELÉFONO 552

1892

A-1373

21 11 11

55841

GRANDES PROBLEMAS



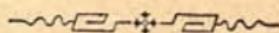
DR. ANGEL PULIDO FERNANDEZ

DE LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA



GRANDES

PROBLEMAS



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE E. TEODORO

Amparo, 102, y Ronda de Valencia, 8

TELÉFONO 552

1892





Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo.

MUY DISTINGUIDO SEÑOR MÍO: Nada importa, ni al caso hace, qué usted y yo no nos tratemos, y hasta que no nos conozcamos, para que honre este libro encabezándole con su glorioso nombre, so pretexto de dirigirle una carta que quisiera respondiese, en estilo levantado y con razones convincentes, á un juicio suyo contenido en la hermosa contestación que usted dió al discurso del Sr. Barbieri en el acto solemne de ingresar el popular maestro en la Real Academia de la Lengua, donde lamentándose usted, y con razón, de lo descuidada que está la prosa didáctica en nuestra España, la emprende violento y extremoso contra sus cultivadores, diciendo que «el más incorrecto de nuestros escritores amenos puede

pasar por un dechado de pureza, casi por un clásico, al lado de los que son tenidos por más literatos entre los tratadistas de Medicina, de Matemáticas, de Filosofía y aun de Bellas Artes».

He de empezar advirtiéndole que antes de que usted hablara así había publicado yo unos artículos acerca de *La Estética en las ciencias médicas*, los cuales bajo el título de *El arte médica* reproduzco en este libro, y que en ellos había expresado un juicio parecido al de usted, ¡claro que con menos belleza literaria!, cuando decía (véase pág. 182): «Nadie sabe, ni calcular puede, lo que han contribuído á elevar la cultura médica en general las obras de los Claudio Bernard, Trousseau, Jaccoud, Virchow... y otros esclarecidos médicos extranjeros, que supieron hermanar el arte de la expresión y el conocimiento de la doctrina. ¡Y nadie sabe lo que han arriesgado y embrutecido el pensamiento médico español, muchos autores de malas obras que han ocupado nuestras cátedras!»

Sin embargo de esta conformidad nuestra, en principio, ha de permitirme que, por veneración á mi clase, Dulcinea de cuyo prestigio he sido siempre algo Quijote, le diga que tan depresivo por lo absoluto estimé su juicio al oírle, y tal fué mi pena ante la respetable autoridad que usted le

daba, por ser quien era el que lo pensaba y escribía, y por ser el sitio de su lectura el templo donde la religión de nuestro idioma tiene su oficial culto, que de seguida me impuse el compromiso de escribir esta carta-prólogo, para hacerle en muy breve espacio, y con toda sencillez, pues otro desarrollo fuera inoportuno, tres observaciones al caso pertinentes.

¿Ha querido usted referirse sólo á los tratadistas de esos libros de texto, que ustedes distinguen y honran tan fácilmente en el Consejo de Instrucción pública, y son, de ordinario, *medios de vida* donde toda injuria á la doctrina y toda infracción de la Gramática encuentran como natural asiento? Pues me callo y le envío sincero apretón de manos. ¿Se refiere á toda producción médico-literaria? Pues venga á terreno de justicia y declare que, supuesto hay en nuestro país muchísimos escritores que se dicen amenos, con unas pretensiones de literatos que no abonan su ignorancia profunda ni su pedestre estilo, impropio es de persona tan leída y pensadora como usted, y de suyo tan obligada con la clase médica — porque dignos miembros de ella abundan en su familia, y escritos médicos le dieron doctrina para sus excelentes obras —, posponerles eximios escritores médicos á quienes creo de

usted muy conocidos, ya que hasta un deber es admitir que nada se escapa á la penetración y estudio de tan general y maravilloso erudito.

¡Pues qué! ¿acaso el Dr. Méndez Alvaro, que fué escultural y atildadísimo prosista, y opulento en vocablos; el Dr. Letamendi, rico lexicólogo, gran maestro en el arte de la expresión, y cual ningún otro ingenioso; el Dr. Nieto Serrano, de correcta y majestuosa dicción académica; los Dres. Pi Molist y Comenge, cervantófilos de quienes pudiera decirse han heredado la áurea pluma que hubieron Villalobos ó Cristóbal de Herrera en el siglo XVI; el Dr. Salillas, estilista primoroso y de arcaica gentileza; los Dres. Gimeno Cabañas y Fernández-Caro, fluidos, de amena exposición y tersa frase; el Dr. Tolosa Latour, hasta por naturaleza tierno y delicado; el Dr. Ariza, años ha perdido, sobrio y elegante como una escultura jónica..., y otros muchos (1), acaso merecen ser comprendidos en ese desdichado juicio

(1) Recordamos de muchos que forman un plantel de escritores sobrado numeroso y bueno para los pobrísimos estímulos que en España tienen las producciones médico-literarias, entre ellos los Dres. Somovillas, Weyler y Montejo, de Sanidad militar, fallecidos hace poco, y los Doctores Gordillo, Cortezo, Marqués del Busto, Serret, Sota y Lastra, París, Alonso Rubio, Oliván, Francos, Pacheco,

con que usted antepone el más incorrecto de los escritores amenos al más literato de los médicos? ¿Hemos de creer, para inconsolable desdicha nuestra, que los últimos de esos puros cultivadores de la dicción, siempre consagrados á la mera vestidura retórica, y sin embargo escarnecidos siempre por las zurribandas de los Valbuenas y los Alas, con justicia aplicadas, valen mucho más que estos sabios apóstoles de la doctrina y de la forma? Permítame usted que lo dude.

Dijera usted que — y respondiendo al estado general de la Nación — hoy no abundan en nuestra Medicina los buenos escritores, y proclamaríamos ser muy exacta su afirmación, y de seguida vendría el explicarle, sobre otras muchas y conocidas causas de ello, una extraña y principal, que es, ciertamente, la desconfianza con que nuestra sociedad española, un tanto rezagada en su cultura, ¡no se escandalice usted!, recibe al médico notoriamente literario y de esmerada ex-

Ulecia, Giné, Rodríguez Méndez, San Martín, Escuder, Baglieto, Suénder, Olmedilla, Iglesias, Montaldo, Calatraveño, Lozano Caparrós, Rubio, Romero, Viguri, Sánchez Rubio, Rubí... y otros que ahora no recordamos, todos los cuales, en grado y con aptitud variables, pulen su estilo y muestran condiciones cuyo mayor desarrollo no consiente la escasa cultura general de nuestro país.

presión, así en lo oral como en lo escrito, por estimarle antes dado á los gustos y regodeos del estudio que á los sinsabores y pericias de la práctica; disparatada idea sobre la cual recargan, por interés propio, esos ignaros y charlatanes profesores, que hablando jerga bárbara y recetando con punible ortografía, penetran á veces hasta en los regios alcázares, desalojan de su posición al mérito, y cargan sobre sus lomos de acémila el oro que á manos llenas les da la humanidad desesperada y doliente.

Interin los escritores públicos no convenzan á la sociedad de verdad tan natural y corriente como el que la palabra limpia, clara y cuidadosa, un síntoma externo es, un reflejo fiel de otras semejantes cualidades en el interno y misterioso discurso del diagnóstico y la prescripción curativa; mientras una atmósfera de buen sentido no extinga de una vez á esos charlatanes que, encontrando orégano por doquiera, llevan á menudo la osadía al extremo de solicitar su ingreso en la Real Academia de Medicina, y á veces hasta... — ¡alto, pluma! — esas bellezas del estilo que suponen escogida cultura literaria serán patrimonio de aquellos profesores que, por su excesivo amor al estudio y su desinterés, miren con indiferencia el aspecto utilitario de una rama que, todavía hoy,

agita las ciudades con la imbécil superstición de los *apóstoles*.

Aparte de este motivo, que influye de modo muy principal — ¡yo se lo aseguro! — en el daño que deplora, hemos de advertir una cosa ya de usted sabidísima, y es que los libros de ciencia médica, igual que todos los de las otras ciencias, sean originales ó traducidos, tienen que rendir leal y cumplido homenaje al neologismo. Dice usted que por ellos «se ha ido formando al lado del castellano de la conversación y de la literatura, no enteramente viciados todavía, una especie de greguería ó lengua franca más propia de los antiguos arraces argelinos que de los profundos metafísicos, antropólogos, estéticos y sociólogos que nos traen y comunican las últimas revelaciones del verbo de la Ciencia», y yo encuentro justos sus lamentos y merecida la censura, si usted se refiere no más al descuido de la sintaxis, á la mera lesión de estructura gramatical y á la desestimación y olvido de lo que tenemos ya formado; pero no así en el caso de que rece con ese neologismo que, proceda de donde quiera, pues siempre será de muy justificada fuente, nos trae la expresión de las nuevas ideas que las ciencias, las industrias, la Filosofía... van creando.

Segurísimo es que usted, D. Marcelino, poseedor de tantos conocimientos, ha estudiado con esmerado interés la biología de los idiomas y las leyes de su evolución y selección, y sabe que no son como afamadas obras estatuardias, pictóricas ó literarias, que permanecen inalterables en el transcurso de los siglos representando un aspecto fijo de la belleza, sino que son organismos que viven y por eso están sometidos á las propias leyes nutritivas de asimilación y desasimilación que cumplen todos los seres animados.

¿Quién desconoce hoy ya que las lenguas cambian más pronto que las razas; que el genio literario, la preponderancia política, la conquista militar y otras muchas causas determinan sus grandes crisis; que el clima, las costumbres, la brevedad ó la eufonía son motivo de la selección que verifican incesantemente; que los grandes progresos de las ciencias, las artes, las industrias, la Política... transforman sus giros y sus metáforas, y que dejan sus fósiles y cumplen en un todo las mismas leyes de evolución que las especies animales y botánicas? El idioma literario quizás podría fijarse largo tiempo, tomando por modelo cualquiera de esas producciones que determinan el triunfo de una lengua sobre todas las demás: por ejemplo, en Italia *La*

Divina Comedia, que consagró el toscano; en Alemania la traducción de la *Biblia* por Lutero, que hizo prevalecer el dialecto sajón sobre otros muchos coexistentes; en España el *Quijote*, luminoso faro adonde convertimos siempre nuestros pensamientos; pero sobre que ninguna lengua vive más de diez siglos, el idioma científico y el industrial cambian con la misma velocidad que cambian la Ciencia y la Industria, y es de buena ley, puesto que así lo quiere el fatal determinismo de los hechos, que el país que más produzca goce por ello la contribución de imponer á los demás sus discurridos vocablos, ya que suya es la paternidad de las ideas que expresan. La cantidad de germanismos, anglicismos, galicismos... que impurifican nuestro castellano, representa la cantidad de progreso que han aportado los pueblos respectivos á la vida espléndida y bienhechora de la Ciencia, como la poca cantidad de hispanismos con que ellos impurifican sus lenguas, declara el atraso de nuestra raza, su escasísima producción y su lamentable insignificancia en esa grandiosa conquista que realizan los pueblos adelantados. Por esto hubiera estimado yo más de razón que al dirigir usted sus ataques contra las malas traducciones, hubiéralo hecho sobre las muy detestables de los libros meramente literarios, que con

más abundancia y menos disculpa que las de los libros científicos *perpetran* á diario muchos de esos incorrectos escritores amenos á quienes considera usted más puros y clásicos que los más literatos entre los científicos y filósofos.

Y ya que con la pluma en la mano y escribiéndole estoy, he de aplaudir con calor y hasta con gratitud aquel su propósito de hacer que no sea «la Academia Española sólo Academia de oradores ó de novelistas, sino de escritores notables y señalados en cualquier ramo del humano saber, y dignos de servir de modelos de estilo didáctico, á la vez que doctos y capaces para acrisolar y depurar el tecnicismo de su respectiva ciencia ó arte y ponerle al alcance del vulgo en las columnas del *Diccionario*». ¡Cuántas veces he sentido impulsos de coger la pluma para dolerme de la ausencia de escritores médicos en su Academia, donde tan señalados servicios prestarían! Ahí tienen ustedes á Letamendi y Nieto Serrano, indiscutibles por sus años y sus méritos: ¿por qué no los llevan ustedes á su seno para enriquecer su *Diccionario* con el copioso manantial de frases que tienen las ciencias médicas, siendo éstas las que más trabajan de todas, más producen y mayor contingente de neologismos aportan á la evolución de los idiomas? ¿Por qué allí donde digna-

mente tomaron asiento los médicos D. Pedro Felipe Monlau, D. Mateo Seoane y D. Tomás Corral, Marqués de San Gregorio, y donde actualmente tienen ustedes los que un día figuraron entre los profesores de las ciencias médicas, como Campoamor y Castro Serrano, no se concede representación á los que luchan en la vida del dolor, que llena nuestra existencia más que esotra del placer, patrimonio preferente de la amena literatura; con lo cual, y con otorgársela asimismo á cultivadores de las demás ciencias, evitarían ustedes los numerosos dislates que afean el *Diccionario* en materia técnica, y las muchas deficiencias que lo empobrecen?

No dé usted á estas ligeras observaciones más el valor escaso que merece su autor, y crea, por lo demás, que siempre ha opinado como usted en lo fundamental de su tesis, y, como usted, ha dicho: «Es menester que el arte de la palabra descienda hasta los últimos confines de la prosa técnica y la bañe con algún reflejo de hermosura», este su sincero admirador, q. s. m. b.,

A. PULIDO.

Madrid, 10 de Abril de 1892!



LA ALIMENTACIÓN

DE LOS PUEBLOS

I



E propongo tratar de uno de los temas más interesantes para el hombre y para las sociedades, por no decir el primero y más interesante de todos, aquel por el cual la Humanidad ha desplegado más actividad y ha consumido más inteligencia, y del cual unas veces con noble sinceridad, otras con pudorosa ocultación, puede decirse que ha sido el alma de la mayoría de los

grandes sucesos en la Historia, y seguirá siéndolo en el porvenir: el problema de la alimentación de los pueblos.

En la actualidad, á fines de este siglo, durante el cual las más sublimes manifestaciones del genio humano y de la vida de las sociedades— las industrias, el comercio, la política, la religión, las ciencias... — tan prodigiosos adelantos han realizado, ahora mismo, surge este problema tremendo y pavoroso como podría surgir en pueblo virgen, y obliga á dar de mano á otros afanes que pudieran estimarse de orden más elevado, para mejor atender á sus imperiosas necesidades.

¡Singulares hechos los de la Historia, en cuya crítica acertada muy difícilmente se llega á penetrar! Pero es lo cierto que aun estando mucho más adelantada la formación de nuestro espíritu, ó bien porque hayan cambiado nuestros sentimientos y los ideales que presiden á nuestras aspiraciones, ó bien, según yo creo, porque hayamos logrado resol-

ver problemas difícilísimos y poner los negocios humanos á ellos pertinentes donde es de rigor que estén, para tranquilidad de la mayoría y reposado goce de nuestra libertad, es lo cierto, digo, que ya no nos conmueven gran cosa, no nos interesan sobremanera, ni nos inducen á tremendas resoluciones, aquellos gigantescos ideales que en pasados siglos agitaban á los pueblos, y los comprometían en heroicas empresas, desafiando por ellas la muerte y arrostrando con menosprecio las mayores adversidades.

Aquel ideal religioso que en un tiempo lanza un pueblo invasor desde Oriente á Occidente paseando en triunfo por el Mundo el estandarte del Profeta, y siglos después es iniciado en sentido inverso por el Papa Urbano II, inflama los pueblos de Europa con la oratoria exaltada de Pedro el Ermitaño, hace su valiente paladín del intrépido Ricardo Corazón de León, y señala con no interrumpidas osamentas de cruzados el cami-

no desde el extremo Occidente al Oriente á través de Hungría; y más tarde, en fin, permite á Cromwell improvisar un ejército heroico con míseros aldeanos, y aniquila y aterrera los Estados de Europa con los terribles sufrimientos de la Reforma; sí, aquel ideal y el espíritu que lo alentaba murieron en el seno de una libertad de conciencia á tanta costa lograda; como por satisfecho, ó reposando al menos en una franca democracia, hemos de considerar igualmente aquel otro ideal político que agitó con dramáticas convulsiones, no sólo la Francia, sino la Europa toda, durante fines del pasado siglo y gran parte del actual.

II

¡Jamás agradeceremos nosotros bastante al destino de nuestra buena estrella haber llegado á la vida cuando tras largas hecátombes que han empapado la tierra con la sangre de innumerables víctimas, y han estremecido los espacios con los desgarradores alaridos y clamores de tantas infamias y desaciertos, hemos podido gozar de la paz y el sosiego que promueven esa conciencia libre para nuestros cultos religiosos, y el respeto de una joven democracia á nuestras personas para nuestros derechos políticos!

Como aquellos afortunados israelitas nacidos á la vida cuando, terminadas ya las aflicciones del desierto entraba en la tierra de Canaán el pueblo escogido por Dios, así nos-

otros, que hemos tenido la suerte de presentiar los últimos acontecimientos de esta gloriosa conquista y asistir, sin zozobra ni peligros, á consagraciones tan santas y sublimes como la abolición de la esclavitud, el respeto á todos los cultos, los derechos del hombre, el Jurado..., etc., así nosotros podemos convertir los ojos á otros problemas de orden material, cuya solución interesa sobremanera á las clases pobres y desheredadas de la sociedad.

El tema que nos ocupa embarga ahora las más privilegiadas inteligencias y es alma del llamado problema económico: dirijamos la atención á nuestras corporaciones populares, y las veremos preocupadas con los problemas del pan y de la carne; leamos la Prensa, y hallaremos sus columnas atentas á la discusión de Aranceles y Tratados; escuchemos á los Parlamentos, y en ellos voces elocuentísimas, antes consagradas á la defensa de los grandes ideales del espíritu, descenden

á la discusión de los Presupuestos y al estudio del problema económico; examinemos las naciones de Europa y de América, que marchan á la cabeza de la civilización, y las observaremos engolfadas en la revisión de sus Tratados y apercibidas á pactos y á luchas donde las columnas de los Aranceles sustituyen á las columnas de soldados, donde los artículos de la industria y de la agricultura reemplazan á los proyectiles, y con ellos se trata de hostilizar ó de favorecer; guerra ésta mucho más humanitaria, mucho más culta que la otra, pero guerra al fin, cuyo *casus belli* es el problema dicho.

Frente á un estado tal de cosas, el ánimo reflexivo se pregunta: ¿Han ganado algo los pueblos con su famoso progreso en tan vital asunto? Esas clases menesterosas, únicas en cuyo nombre se puede hablar siempre que estas necesidades se invocan, ¿han adelantado algo, ó continúan siendo víctimas, en el grado que ayer, de su miseria? ¿Estamos en

el caso de exclamar con el pesimista Max Nordau, destilando el corazón tristísima amargura, que son *mentiras convencionales* todas las de la civilización; ó debemos creer que entrañan adelantos positivos para las clases dichas? Después de estudiar y meditar sobre este punto grave, después de examinarle como deben ser siempre examinadas todas las magnas cuestiones sociales, si han de juzgarse con acierto, es decir, á través de la Historia, declaro que ni el pesimismo de Max Nordau, ni los optimismos de sus impugnadores me parecen justos: mucho más adelantado que en pasados tiempos está, sin duda, este problema; podemos decir que, en principio, y por lo que á la alimentación de los pueblos civilizados se refiere, está resuelto, siquiera nuevas necesidades creadas por la manera de ser de la vida moderna, y por su aprovechamiento y consecuencias para las clases pobres, hagan brotar nuevas y gravísimas cuestiones que pudieran, al

pronto, inducir á la idea de si hemos perdido en vez de ganar.

Demostremos esto ocupándonos de nuestro tema bajo dos aspectos: primero, el histórico; segundo, el actual; único medio de conocer bien una cuestión y de juzgarla con acierto.

III

Cuando remontamos el pensamiento á la primera edad del hombre sobre la Tierra, á esa edad misteriosa de la prehistoria que nos esforzamos por conocer estudiando los restos que guardan sepultados las capas geológicas y los descubrimientos que nos facilitan las antiquísimas cavernas, entrevemos un drama continuo, engendrado fundamentalmente por la necesidad implacable del hambre.

Considerado el sér humano sin agricultura, sin rebaños y sin instrumentos de navegación que le consientan la pesca; habitando en los climas septentrionales donde el suelo es ingrato, la atmósfera brumosa y los inviernos duros; guareciéndose en las cavernas y disputando su domicilio á esos terribles mamíferos, cuyas gigantescas osamentas causan hoy nuestro asombro en los grandes museos de Londres, París, Bruselas...; armado únicamente de silíceas armas, convertido en cazador intrépido, valiéndose de su astucia, de su agilidad y de sus músculos en las continuas y terribles luchas contra las bestias que han de permitirle, cuando vencedor, llevar sobre sus espaldas la presa y depositarla en el seno de la familia, acurrucada en el lóbrego antro, y allí juntos despedazar sus carnes, hendir sus huesos para sorber las médulas nutritivas, atracarse en compensación de las hambres pasadas y para provisión de las abstinencias futuras; cuando

se considera á estos nuestros antepasados sufriendo los rigores de un invierno, con las grandes nevadas que ahuyentan la caza y extinguen la vegetación, perseguidos por la miseria, salir desesperados al campo, tender la mirada por el panorama de muerte que los rodea, convertir á la familia próxima, á la tribu vecina, en blanco de sus deseos hasta buscar en el canibalismo un remedio á sus imperiosas necesidades, se comprende cuán difícil y dramático debe haber sido el primer período de nuestra vida, qué tremendas y desconocidas catástrofes, hoy ni siquiera soñadas, deben haber exterminado comarcas enteras, pueblos, razas... ¡y cuántas veces habrá peligrado la Humanidad y habrása visto amenazada de su desaparición, como han desaparecido otras muchas y más robustas especies, primero que los adelantos de su cultura la permitieron señorearse del suelo y asegurarse la satisfacción de sus más vitales exigencias!

Tres grandes adelantos, de valor incomparablemente superior al de todos los más peregrinos descubrimientos del día, aseguraron al hombre su existencia sobre la Tierra; fueron éstos: el conocimiento, siquiera sencillo, de aquellas plantas que convenían á su nutrición, y las leyes de su siembra y cultivo, lo cual constituía los gérmenes de la agricultura; la selección y dominio de aquellos animales domesticables, cuyas carnes le servían de alimento y cuya domesticidad aplicaba á sus faenas, origen de la ganadería; y el descubrimiento del fuego, el cual, siendo reflejo fiel del astro magnífico que brillaba á diario en las alturas y engendraba la vida lo mismo sobre el haz de la Tierra que en el seno de los mares, así él con su luz ahuyentaba las tinieblas, que eran la muerte del espíritu, y con su calor ahuyentaba el frío, que era la muerte del cuerpo; y estos tres descubrimientos dieron derecho á la existencia, y trazaron á las tribus dos grandes destinos, los

cuales fueron á modo de alma y derrotero que más tarde habían de conducir al desarrollo de poderosas civilizaciones: el destino de los pueblos agrícolas, ó de residencia fija, y el de los pueblos pastores, ó de vida nómada.

IV

¡Cuán fatalmente ligada á estos destinos aparece la historia de los primitivos pueblos y los grandes hechos que los caracterizan! Cuando las tribus errantes llegaban á una comarca fértil, allí se establecían, se hacían sedentarias y se desarrollaba un pueblo y con él una civilización; cuando el suelo era ingrato y la vida difícil ó imposible, las tribus, las hordas, las masas, se ponían en movimiento, y con sus carros, sus viejos, sus niños, sus mujeres, hacían invasiones en otros

parajes atravesando grandes comarcas, siguiendo aquellas trayectorias que los accidentes del suelo les consentían. Tiéndase, como dice Drapper, la mirada por el Mapa de Europa y de Asia, examínese la disposición de sus grandes cordilleras, y nos explicaremos al punto la razón de las primeras invasiones en Europa y el origen de nuestros primeros pobladores.

Unidas por un extremo hasta formar un solo continente Europa y Asia, se observa que, como si fuese un gran eje de construcción, hay en él una larga cadena de montañas, cuyo punto culminante es el Mont-Blanc y que, partiendo desde el Japón, viene á terminar en nuestro golfo de Vizcaya, la cual, aparte de otras más secundarias ramificaciones, divide á esta vastísima parte del Mundo en dos grandes vertientes: una más pequeña hacia el Sud, que forma numerosas penínsulas, y muy principalmente la Grecia, la Italia y la España, asiento sucesivo de tres gran-

des civilizaciones; y otra hacia el Norte, la cual se dilata en grandes llanuras que se aprecian en Alemania, Holanda... Gracias á esta configuración, ocurre que, por el Norte, puede un ejército pasar desde las orillas del Océano Pacífico ó Grande Océano, hasta el Atlántico, sin que, salvados los Urales, encuentre á su paso montañas cuya altura exceda de algunos centenares de metros.

Estas necesidades de la vida material, ya antes dichas, y estas disposiciones del terreno, también ya señaladas, explican mejor que la ambición de los jefes de tribu las hemorragias humanas de unas comarcas sobre otras, invasiones como la de los Arios, que pasaron de Asia á Europa; la de los Cimbrios y Teutones, cuando arrojados por las inundaciones del mar Báltico hace dos mil años, invadieron el Mediodía de Europa, y las que han hecho inolvidables los nombres de Breno, Atila, Genserico, Alarico, Guillermo de Normandía...

V

El más grandioso de los antiguos pueblos, el Egipto, hase mantenido y desarrollado en el valle del Nilo, sin duda por una razón esencialmente agrícola. No se puede fijar el pensamiento sobre tan espléndida civilización sin que al punto recuerde la memoria aquella maravillosa propiedad del crecimiento periódico y de las inundaciones civilizadoras del Nilo, que hacían del valle por él regado un país ideal.

Tiene de mala la agricultura en todas partes que el Sol calienta mucho unas veces y otras poco, que las nubes unas veces asuelan los campos con sus tormentas y otras con sus sequías, que las aguas escasean en las estaciones adecuadas unas veces, y en cambio sobran en otras cuando son innecesarias, y

por efecto de esto, las siembras, la florescencia, la fructificación y las recolecciones son muy inseguras.

En la Tebaida, el hombre no era víctima de estas locuras meteorológicas. El Nilo, primero rojo, después verde, recibe, allá en la Abisinia, las aguas de un gran brazo llamado Nilo Azul, luego las del Nilo Blanco, y, después de atravesar la extensa comarca de la Nubia, entra en Egipto por Assuán, donde las aguas salen de las montañas y emprenden su trayecto á lo largo de aquel valle que tiene una anchura media de 11 kilómetros, de 25 donde más (salva la vasta llanura del Delta), de 5 en los parajes más estrechos, recorre una extensión larga de 300 leguas con sus fléxuosidades — 200 en línea recta — desde la primera catarata en las fronteras de la Nubia, hasta su desagüe en el Mediterráneo.

Nunca llueve en aquel valle, jamás allí los cambios meteorológicos ocasionan tempestades, y en su lugar, cuando llega la época en



que el más brillante astro de los cielos, Sirio, se eleva por el horizonte al mismo tiempo que el Sol, lo cual sucede á fines de Mayo, las aguas del Nilo comienzan á subir pacífica y gradualmente por cima de sus orillas, vierten sobre el valle, inundan la comarca y se mantienen así hasta que á mediados de Septiembre comienzan á bajar, y ya á fines de Octubre vuelven á su cauce, dejando un limo fecundante que dota de asombrosa fertilidad á la tierra.

Recibían los naturales aquella inundación con grande regocijo, y los sacerdotes anunciaban con religiosa solemnidad la altura del agua, indicada por el nilómetro: de esta suerte, en un tiempo determinado, el labrador sabía con anticipación la cosecha que tendría en el año, y podía preparar las siembras por aquélla requerida. Sería pobre si el nilómetro acusaba tan sólo una altura de ocho codos, abundante si llegaba á los catorce; una siembra superficial, en la que el arado ape-

nas rózaba la tierra, bastaba á producir hasta tres cosechas en ocasiones, y tratándose del trigo, á multiplicar hasta un 12 ó un 15 la cantidad sembrada.

Al amparo de este río, en un terreno tan relativamente pequeño que las tierras regadas y fertilizadas exceden poco de 9.000 kilómetros, y la tierra arable viene á ser la mitad, se desarrolló un pueblo de 7 millones de habitantes, con una brillante civilización que vivió mucho más tiempo que ninguna otra de las conocidas.

Cuando el pensamiento, con dulce vagar á través de los grandes pueblos de la Historia, se para en el Egipto, y resume en pocas y características líneas su existencia, la imaginación crea un cuadro por demás interesante y delicioso. Ve-e aquel valle tan cuidadosamente trabajado por canales, puentes, diques y esclusas, que representaban preciosísimas obras hidráulicas, á las cuales destinaba el Estado la tercera parte de sus impuestos, y

donde se desarrollaba espléndida una bienhechora vegetación embellecida por la airo-sa palmera, cuyos exquisitos dátiles bastaban como principal alimento á muchos de sus sobrios habitantes: sobre él ciudades tan populosas como las sagradas de Tebas y Menfis, animadas con aquella opulenta vida que hasta los libros sagrados nos describen bajo los Faraones, y hermo-seadas con sus monumentales templos, á los que precedían majestuosas calles con esfinges colosales de basalto y granito rojo, y con sus ricos palacios, y con aquellas gigantescas pirámides, hoy en pie, la mayor de las cuales tuviera ya de existencia cuando la visitara el patriarca bíblico Jacob, tantos años como van desde Jesucristo hasta nuestros días; y sobre tan bello panorama aquel limpio espacio, iluminado durante el día por un sol espléndido, que nace á Oriente, tras de las montañas y las ondas del mar Rojo, y va á sepultarse por Occidente tras los abrasados arenales

del africano desierto, no sin antes, al expirar, descender el firmamento con las más delicadas y poéticas de sus puestas, las cuales serían de heraldo á noches purísimas, tachonadas con las más numerosas y refulgentes constelaciones que la bóveda celeste ofrece á las miradas de los hombres, brindándoles á las grandiosas contemplaciones de la Astronomía.

Cuando se considera, además, á sus habitantes influídos por una de las civilizaciones que más profundos adelantos lograron en la Escritura, la Teología, la Moral, la Astronomía, la Arquitectura, la Medicina...; de tan sabia cultura que permitía decir, con verdad, á los sacerdotes egipcios, cuando reconvenían á Tales y á los primeros filósofos helenos: «Vosotros, griegos, no sois más que unos niños charlatanes y frívolos y no conocéis nada de las cosas del pasado»; regida por gobiernos tan dulces que permitían concluir con las siguientes frases una entusiasta descrip-

ción que al califa Omar hacía su lugarteniente Amrú, cuando conquistó el pueblo de los Fa raones y los Ptolomeos: «Tres determinaciones contribuyen á la prosperidad de este país y á la felicidad de sus hijos: no aceptar reformas que recarguen los impuestos, destinar la tercera parte de éstos á la conservación y mejora de las obras hidráulicas, y no cobrarlos sino con el producto de las cosechas»; y de tan monumentales alientos, que sus restos guardados en los Museos causan nuestro asombro; y de tan perdurable confianza en el porvenir, que hasta sus momias desafían inalterables el paso de los siglos; ¡ah! cuando esto se considera, y se medita sobre aquel río majestuoso, surcado por grandes barcos, y aquel valle pobladísimo durante la inundación de innumerables barquitas, tan ligeras como la hoja de la palmera, se comprende que fuese sacerdotal su civilización, y que el alma de su vida teológica se encarnase en el sagrado Nilo.

VI

Muy privilegiadas condiciones geológicas explican igualmente el asiento y el desarrollo de la raza helena, en aquella singular península y en aquel prodigioso archipiélago, semillero de islas, un tiempo asiento de ciudades immortalizadas por los héroes y los sabios. Pequeño su territorio, como lo era el del pueblo egipcio, llenaron sus hombres el Mundo con su vida espléndida y sublime, con el genio de sus sabios y con el heroísmo de sus guerreros.

Con ser su superficie menor que la de Portugal, tal es su configuración, que sus costas accidentadas y sinuosas exceden á las del litoral español, y no hay paraje alguno en el Globo que en igual terreno tenga tantas islas, penínsulas, golfos y puertos, produciendo

do, sin rival, ese admirable consorcio de la tierra, las aguas y los cielos, que es la gran belleza panorámica y la primera condición del progreso.

Separada por los Alpes Orientales al Norte del valle del Danubio, sirviéronle de una barrera que no salvaron las invasiones asiáticas ocurridas del otro lado, ni salvaron los mismos helenos, los cuales no llevaron por allí sus colonias, su civilización y su lengua. Por su accidentado suelo tenía hermosos y ricos valles, variedad de climas y de productos, pues en el Pindo crecían los árboles resinosos de nuestras comarcas frías, en las islas Cícladas la palmera y en la Argólida el limonero y el naranjo; era renombrada la miel de su monte Himeto, afamados sus mármoles de Paros y el Pentélico, ricas sus minas del Laurio, y eran, en fin, tan hermoso su cielo y tan diáfana su atmósfera, que cuando el pueblo ateniense subía al Partenón, en la brillante procesión de las Pa-

nateneas, á vestir la diosa tutelar de la confederación helena, Minerva, con el manto que tejieran las manos de las doncellas de Atenas, y desde las alturas de la Acrópolis tendía la mirada en su derredor, contemplaba allá enfrente la Grecia africana, á Oriente la Grecia asiática, á Occidente la Grecia itálica, á sus piés el archipiélago de numerosas islas, todas inmortalizadas por sus héroes ó sus sabios, en cuyo centro se alzaba la Grecia verdadera, faro deslumbrador que irradiaba entonces sus fulgores infundiendo la vida en todas aquellas colonias, y los lanzaba á la de Historia para deslumbramiento y adoración los siglos venideros.

Conocidísima la vida helena, su espíritu comercial, su culto á las operaciones agrícolas, las cuales divinizaron y para las cuales crearon fiestas, sus banquetes públicos, tan sólo diremos que Plutarco refiere haber sido la segunda y más atrevida ley de Licurgo el reparto que hizo de las tierras entre los es-

partanos, dando á cada uno un lote con el cual pudiera satisfacer sus necesidades, y esto le permitió decir una vez, cuando regresaba de país extranjero en ocasión en que se acababa de verificar la siega: « Toda la Laconia parece ser de hermanos que acaban de hacer sus particiones »; y como la tercera ley aquel su establecimiento de los banquetes públicos, llamados por los lacedemonios *fidicia*, á cuyo sostenimiento acudían todos los ciudadanos, y en ellos se imponían la característica severidad espartana y se educaban las nuevas generaciones en las virtudes y en la experiencia de las antiguas.

VII

Como Grecia había sucedido á otras civilizaciones, sucedió Roma á Grecia, y ya aquí hemos de advertir un hecho interesante.

Conquistador este pueblo del Mundo conocido gracias á sus virtudes republicanas, hubo de caracterizarse luego por la más despilfarradora y refinada decadencia que Estado alguno ha tenido en la Historia; y, como era de rigor que así sucediese, la alimentación entró por parte muy principal en ésta.

Apenas hay poeta ó prosista de aquellos tiempos que no dedique versos y relaciones interesantes á la prodigalidad y fausto de los banquetes de los acaudalados patricios, y aunque muchas de estas relaciones podrían invocarse aquí, he de recordaros, por lo muy expresiva que la descripción es, la que el elegante Petronio Arbiter hace, en su *Satiricón*, del banquete con que obsequiara C. Pompeyo Trimalquion á sus amigos; y no obstante la descripción tenga la bizarría y la libertad de la novela, por ser expresiva de costumbres de aquella época y cuadro crítico contra los Cresos del Bajo Imperio, sirve á la perfección para demostrar hasta

qué grado, por ningún otro pueblo ni edad histórica igualado, llevaron los romanos sus refinamientos gastronómicos y las delectaciones de la mesa.

- Uso de baños tibios generales y fuertes perfumes precedían á la entrada al salón donde, luego de sentados los comensales, esclavos egipcios los lavaban y limpiaban con admirable destreza y perfumado líquido, manos y pies.

Sobre las mesas había objetos decorativos curiosos; por ejemplo, un asno de bronce de Corinto sostenía, á modo de aguaderas, platos con aceitunas blancas y negras; arcadas en forma de puente ofrecían lirones sazonados con miel y adormideras; parrillas de plata brindaban salchichas fritas, ciruelas de Siria y granos de granada...

Los platos eran numerosos y todos destinados á servir con sorpresas manjares exquisitos. Citaré algunos de los principales: sobre una fuente se sirvió un pavo real de made-

ra tallada, en actitud como si empollase, con las alas abiertas y la cola en círculo: dos esclavos se aproximan, á los acordes de una orquesta, escarban en la paja y retiran huevos que tenían dentro un becafigo engrasado y rebozado en yemas espolvoreadas. Después traen un gran globo con los doce signos del Zodiaco en círculo, á cada uno de los cuales correspondía un plato con entremeses y bocados sabrosos relacionados con los signos, y encima un macizo de césped artísticamente dispuesto y coronado por un panal de miel: cuatro esclavos levantan la parte superior del globo, y en su interior aparecen aves y truchas fritas y una liebre con alas en el dorso simulando á Pegaso; en los cuatro ángulos otros tantos sátiros vaciaban sus odres llenos de una salsa exquisita, la cual caía en un depósito donde había sabrosos pescados.

Nueva servidumbre tiende sobre mesas y suelos telas con atributos de caza, entran

luego perros de Laconia ladrando, los sigue una mesa sobre la cual hay una jabalina, de cuyos colmillos pendèn cestas de fina hoja de palma con dátiles de Siria y de la Tebaida, y jabatos de pan cocido á su alrededor, como si lactaran: un cocinero con traje de cazador da una cuchillada en el vientre, y sale volando una bandada de tordos que los esclavos cogen y ofrecen á los comensales. Más tarde entran tres cochinitos blancos y vivos, se escoge el mas viejo para guisarlo, y pocos después es servido: indignación del amo al ver que no ha sido vaciado el vientre; se condena severamente al cocinero á recibir allí mismo un castigo por su torpeza, pero antes de recibirle es perdonado, abre el vientre, y entre la admiración y la risa de todos se desprende de su interior una cascada de morcillas y salchichas.

En el curso del banquete se oye un grande estrépito por las alturas, miran todos, el artesonado se abre y descende un círculo

brindando, alrededor, coronas de oro á los comensales, soportando vasos de alabastro con perfumes, y teniendo encima, á modo de columna, una robusta representación de la virilidad, hecha de pan, con racimos, pasteles y variadas frutas en derredor de su base: más tarde, y tras otros curiosos platos, entran dos esclavos riñendo, con vasijas colgadas al cuello, como si vinieran incomodados de la fuente; se pegan con bastones, rompen sus cántaros, y de ellos cae una lluvia de ostras y pechinas, que servidores recogen y distribuyen por las mesas.

Suponed estos y otros primores cumplidos en salas fastuosamente decoradas, con lechos de púrpura donde se tendían los comensales, con sinnúmero de esclavos jóvenes, bellos, de virginales y largas cabelleras, unos para el servicio, otros destinados á la música, al canto, á la recitación de leyendas y versos sobre las hazañas de Hércules, sobre las aventuras de Diomedes y Ganimedes,

sobre las astucias de Ulises y demás motivos de la fecunda inspiración helena; ved á los comensales coronados de rosas y á esclavos gentiles que los entrelazan guirnaldas desde los muslos al talón, agregad á esto las costumbres fáciles de aquella raza, y comprenderéis lo que era un banquete entre los Cresos de Roma, ínterin el mísero pueblo perecía de hambre, ó era entretenido con pan y espectáculos del circo, promoviendo con ello, según cuentan Suetonio, Tácito y otros historiadores, la más grande preocupación á los emperadores después de la de su conservación en el poder.

VIII

Muy pocas palabras bastan para hablar de la alimentación habida desde entonces hasta nuestros días en los pueblos de Europa.

Nada se observa que pueda estimarse igual ni parecido á lo descrito sobre Egipto, Grecia y Roma. Edad de lucha entre dos grandes poderes, el feudalismo y la religión, edad de servidumbre igualmente, la alimentación es siempre mala y escasa; á menudo, con gran frecuencia, años de horrorosas hambres que traen en pos de sí asoladoras pestes y otras epidemias de diferentes clases, pudiendo decirse que hasta mediados del siglo actual no lograron los pueblos civilizados de Europa prevenirse contra aquella desastrosa desgracia. Entre los más calamitosos sucesos de la Humanidad figurará siempre el hambre general y duradera que hubieron de sufrir los pueblos durante el año 1000 de la Era cristiana, porque la preocupación de que sería el último de vida de la Tierra, motivó el abandono de la agricultura; y cuentan afamados higienistas de Francia, que, desde Carlo Magno hasta hace poco, no han transcurrido veinte años sin que alguna comarca de aque-

lla nación haya tenido que lamentar los horrores del hambre y de sus consecuencias.

IX

Al apreciar en conjunto y con criterio elevado la alimentación en los actuales tiempos, no es posible desconocer que muy valiosos elementos han venido á mejorar esta función, los cuales han logrado corregir algunas de las incontrastables causas que antes determinaban el hambre en los pueblos. Una rápida exposición de los más principales nos permitirá adquirir profundo convencimiento sobre este particular.

Más dueño el hombre del Mundo, *ha aumentado* en grado sorprendente *el campo de la producción*: el dominio en todos los mares del Globo ha enriquecido la contribución que pagan las aguas, y la completa posesión

de dos nuevos continentes, la América y la Australia, ha enriquecido por igual modo la contribución que se impone á la tierra. Se dirá: — Es que también ha crecido sobremanera la población del Globo. — Verdad; pero aun teniendo esto presente, basta advertir las extensas y feraces comarcas que la Australia y la América tienen en estado virginal por falta de pobladores que acudan á su explotación; basta fijarse en que los pueblos civilizados, aun siendo muy poderosos, apenas si con delicadas artes diplomáticas se propasan con esos países en estado de salvajismo que brindan feraces regiones á la vida de la producción, para comprender que, hoy por hoy, no se da, ni se dará en muchos siglos todavía, el terrible conflicto de la ley de Malthus.

Otra más convincente demostración nos la suministra *el exceso de producción* en cereales que hay en el Globo. En 1870 la América no producía más que 82 millones y me-

dio de hectolitros, y sus precios eran ya inferiores á los de Londres; en 1878 la cosecha era de 147 millones y la exportación para Europa de 51 millones; en 1879 se elevó la producción á 160 millones, y en 1882 á 177. .

La producción anual de trigo en el Mundo ha sido durante los cinco años últimos de 776.475.000 hectolitros, de los cuales corresponden la mayor parte, 181.250.000, á los Estados Unidos; 108.250.000 á Francia; 97.700.000 á las Islas Británicas... etc.

El Congreso internacional de trigos y harinas celebrado en París en 1889 estimó la producción anual en 825.500.000 hectolitros. Conviene advertir que la Australia y Nueva Holanda también aumentan su producción, y que la India produce ahora cerca de 100.000.000 de hectolitros por año.

Es decir, que hay un exceso de producción cuyas consecuencias sufre el Mundo. En 1884 había 40 millones de hectolitros de

trigo que recorrían los mares sin encontrar colocación, y se afirma que los arrendatarios ingleses perdieron no ha muchos años 4.000 millones en un capital de 9.000, por efecto de esta concurrencia.

Pero no sólo ha aumentado el campo de explotación; ocurre además, que notables adelantos de la maquinaria, de la Higiene y de la Historia natural han permitido *forzar la producción*. Prescindiendo de los ingeniosos aparatos que perfeccionan las operaciones agrícolas, merecen señalarse el aprovechamiento de las aguas fecales de las grandes ciudades, como uno de los prodigiosos recursos que hoy se emplean con el fin de aumentar la producción agrícola cerca de las urbes, al propio tiempo que éstas se embellecen y sanean; las incubadoras y el cebamiento, como artes modernas para aumentar la producción y bondad de la pollería; la fecundación artificial de los peces, como un medio que puede convertir en fecundos



viveros de piscicultura los ríos y depósitos de agua dulce. Baste á nuestros fines advertir que desde que Milne Edwards, primero, y Gehin y Remy, de los Vosgos, después, plantearon este notable procedimiento, se han hecho ya muchos adelantos.

Como dato curioso y significativo, recordaremos que dos ingenieros del canal del Rhône, en el Rhin, los Sres. Berthol y Detzem, utilizaron con este objeto la extensión grande de agua dulce de que disponían, y fucundaron en un año 3 millones de huevos, que produjeron 1.383.200 pescados vivos.

Pero no sólo se ha forzado la producción ya de antiguo conocida, sino que han acudido nuevos y muy estimables productos a *enriquecer la lista de los alimentos* utilizados: citaré sólo dos, uno vegetal, la patata, y otro animal, la carne de caballo y mula.

Jamás se glorificará lo bastante el nombre de aquel ilustre Parmentier que, gracias á su perseverancia y á su ingenio, pudo conse-

guir, con auxilio de Luis XV y Luis XVI, generalizar el uso de ese tubérculo feculento que — ya importado del Perú por los españoles hacía dos siglos, y cultivado en Alemania, Francia, Inglaterra y demás Estados de Europa — destinábase únicamente á servir de alimento á los animales, por la falsa imputación de que producía la lepra. Este sabrosísimo y nutritivo alimento, que tanto figura en los banquetes reales como en la olla del jornalero, y tan perfectamente se combina con toda clase de manjares, que apenas se concibe plato alguno sin él, ha contribuído poderosamente á combatir las aterradoras hambres, y á él se debió que fuesen ya menores los estragos de las sufridas por Francia en los años de 1789 y 1792.

Hoy la patata es aceptada por todo el mundo, mas no así la hipofagia, ó alimentación con la carne de caballo, mula... ¡Parece mentira cuán difícil es extirpar de toda clase de gentes hasta las más insensatas pre-

ocupaciones y supersticiones! Esta carne, de superior calidad y perteneciente á bestias dotadas de muy agradables atributos, ha sido usada para el racionado de las tropas en muchas guerras, y en tiempos más recientes lo ha sido por los soldados del Imperio francés durante las guerras napoleónicas, los cuales asaban en las hogueras de sus vivasques la carne de los caballos muertos ó heridos en el campo de batalla, y se alimentaban con ella.

Muchos hombres ilustres, Pariset, Geofroy Saint-Hillaire, Parmentier... recomendaron su empleo; se permitió su uso en Francia en 1816, y hasta el año 1866, medio siglo más tarde, no se abrió la primera carnicería de hipofagia. El último sitio de París y la evidencia de los hechos han acreditado ya este artículo en la populosa ciudad del Sena, y hoy se consumen al año más de 13.000 caballos, que suponen un producto limpio de 3 millones de kilogramos de carne

exquisita destinada al sostenimiento de las clases modestas de la sociedad.

X

Pero entre las necesidades del problema alimenticio no aparece sólo la producción; hay otra muy transcendental, *la conservación*. ¡Cuántas veces los pueblos han perecido de hambre porque no pudieron conservar las demasías producto de abundancia en otro tiempo, las cuales habían fermentado, se habían podrido y hubo que tirar! Pues los adelantos de la Química han producido en estos últimos tiempos tan múltiples y eficaces procedimientos de conservación, y á sus mágicos efectos han brotado tan ricas y poderosas industrias, que el ánimo se maravilla. Los que hayan visitado en la última Exposición Universal de París los pabellones de

productos alimenticios, se habrán quedado atónitos ante el cuadro que se ofrecía á su vista: allí el frío, la compresión, la desinfección por calor, los extractos, salazones, ahumado..., mil agentes y procedimientos aparecían puestos en uso para llegar al resultado apetecido.

Las consecuencias de esto no pueden ser más apreciables ni más convenientes. Ya hace tiempo que el Norte de América nos envía sus carnes, porque en los Estados del Oeste en tan grande escala se dedican á la cría de cerdos, que hay año de matar más de 11 millones.

A los grandes mataderos llegan apretados rebaños, los cuales son cogidos, degollados, escaldados, vendidos y salados con pasmosa velocidad por medio de ingeniosos artificios. Fábrica de salazón hay en Chicago que mata hasta 6.000 puercos al día. Y si esto ocurre en la América del Norte, hay que aguardar exportaciones semejantes de la América del

Sur, cuando allí se exploten aquellos incalculables rebaños de toros y vacas que se crían libremente en las dilatadas llanuras bañadas por el Uruguay y el Paraná, y de donde se cuenta que un toro vale una piastra en los saladeros, y se le mata sólo por aprovechar su piel.

XI

Seguramente todo lo hasta ahora dicho serviría de poco á los fines deseados, si otros más peregrinos adelantos del hombre no hubiesen venido á cambiar la faz de las cosas y á modificar las relaciones de unos pueblos con otros. Ya comprenderéis que aludo á las *comunicaciones*, ó sea al telégrafo y á la locomoción por el vapor.

Uno de los motivos principales, á veces el único, que ocasionaba las hambres, era la fal-

ta de relaciones entre los pueblos del Mundo, la dificultad grande, insuperable, de cambiar sus productos. No ocurre nunca, no puede ocurrir que la misma calamidad agrícola, la misma epizootia que agota las carnes y con esto los recursos alimenticios de un pueblo, produzca idénticos efectos también sobre todos los demás pueblos: el Sol, inconstantemente en unos parajes, es dulce y benéfico en otros; las lluvias, escasas, torrenciales ó intempestivas en unos lados, son moderadas y oportunas en otros, y ocurre siempre, por virtud de esto, que cuando una ó más regiones de una provincia, una ó más provincias de un Estado, uno ó más pueblos de un continente sufren los tristes efectos de este desequilibrio, otras regiones en la misma provincia, otras provincias en los mismos pueblos, otros países en el mismo continente ú otros continentes en el Globo, han gozado de la donación armónica y proporcionada de los elementos de vida para su agri-

cultura, que les han consentido excelentes cosechas y además ricas ganaderías en sus criaderos.

Pero antes, cuando las comunicaciones eran difícilísimas, cuando para transportar muy pocos sacos de trigo ó de harina de un lado á otro, había que atar á un carro muchas caballerías, que pagar muy caro los transportes, que salvar caminos muy malos en verano, inaccesibles en invierno, y había que afrontar peligros, cada región se guardaba lo suyo, y allá corrían pareja el dolor de la necesidad en los años de escasez, con el dolor de ver podrirse y perderse el exceso de producción en los años de abundancia, por falta de medios de conservación y de envío.

¡Cuántas, cuantísimas veces ha ocurrido que al lado de unas regiones donde la gente perecía de hambre por falta de alimentos, había otras donde estos alimentos eran arrojados á la tierra para abono ó arrojados al mar para evitar su descomposición!

Han cambiado ya las cosas radicalmente, y han cambiado de verdad; todos los pesimismo de Max Nordau, todas sus fatídicas reflexiones, no pueden desconocer y negar que el telégrafo lleva á los negociantes de trigos y de harinas, lo mismo en Bóston que en Liverpool, en Chicago que en Marsella, en Londres que en Viena, con diferencias de céntimos, la cotización de trigos en el Mundo. Como en los vasos comunicantes los líquidos tienden al punto á equilibrar sus presiones y buscar un nivel común, así, por medio de la electricidad, la producción y el consumo tienden á buscar el nivel de su cotización; y apenas los trigos escasean en un punto, las ofertas inmediatas de otros mercados vienen á producir el que, con escasas diferencias de precio, se tenga allí donde falta el mismo alimento que en otros lugares sobra.

Al cumplimiento de esto concurren los transportes y fletes rápidos y baratos que permiten los maravillosos adelantos de la na-

vegación en esos grandes barcos, verdaderas ciudades flotantes que corren rápidas de uno á otro continente llevando en sus bodegas gigantescos depósitos de productos, á precios casi de balde, y las infinitas redes ferroviarias que cruzan los continentes, estableciendo competencias que benefician al interés social: 2 francos 25 céntimos cuesta el transportar 100 hectolitros de trigo desde las Indias y América á Europa, y 4,25 desde Australia, mientras que no sube de 1,50 el llevarlo desde Rusia y el Danubio á Francia. ¡Puede darse nada más satisfactorio!

XII

Verdaderamente, el problema de la alimentación para los pueblos civilizados hace ya años que está resuelto en principio. ¿Quiere esto decir que lo esté para todos los consu-

midores y en todos los puntos? No; y aquí surgen ya nuevos estudios que darían motivo para otras tesis interesantísimas, pero que yo no abordaré en esta ocasión.

Prescindiendo de puntos relacionados con el capital y el trabajo, la ley de hierro del salario, la vida moderna del obrero, las Sociedades cooperativas..., me contraeré á señalar, nada más que á señalar, dos causas principales de encarecimiento de la alimentación, dos barreras altas puestas ante la bienhechora comunicación indicada: una barrera contra la difusión de los productos extranjeros, los Aranceles; otra barrera contra la difusión de los productos nacionales, los Consumos. Los Aranceles y los Consumos son á manera de dos mazas que juegan contra esas delicadezas del progreso, y que, golpeando de vez en cuando sobre sus hermosas creaciones, las aplastan y pulverizan.

Induce á sentidas reflexiones el siguiente hecho: invocando la necesidad en un caso de

defender lo autóctono ó lo nacional contra la concurrencia de lo exótico ó lo extranjero, y la necesidad de proveer de recursos á la vida de los Municipios con arbitrios primitivos, cuya más acertada sustitución ni se estudia ni se procura, es lo cierto que los pueblos anulan todas las ventajas de la civilización y colocan nuestra vida en condiciones semejantes á la vida de los pasados siglos.

¡Triste, dolorosísima contradicción la de los humanos problemas, apenas resueltos por un lado, vuelta á ponerlos en pie por otro! ¡Todo se lo hace el hombre, todo se lo deshace él! Han venido los descubrimientos geográficos y la intrepidez de exploradores de la Tierra á engrandecer el Mundo, los progresos de los sabios á perfeccionar la producción, los adelantos de la industria á discurrir máquinas maravillosas para mejorar las antiguas labores y crear otras nuevas, los descubrimientos de la Química á sorprender

nuevos alimentos y conservar los antiguos; ha venido el esfuerzo titánico del hombre y su dominio del planeta á perforar las montañas, cruzar los continentes y salvar los mares, para, al abrigo de buenas relaciones internacionales, vivir los unos en el trato y auxilio de los otros, constituyendo la Humanidad toda una familia que tiende á repartirse equitativamente sus cosechas, de las que jamás el Mundo carece; y ante esto se alzan dos formidables espectros que todo lo desbaratan y todo lo esterilizan: los Aranceles y los Consumos. ¡Se quiere mayor fatalidad!

XIII

He aquí el estado de la cuestión: al tender la vista á lo pasado y recordar lo que hemos dicho en la parte histórica, advertiremos que el problema de la alimentación, de muy diversa manera planteado y querido

resolver en los diferentes pueblos y edades, tiene hoy un aspecto esencialmente científico y armonizado con los progresos de la civilización: ni la lucha desesperada y fiera contra los mamíferos y las inclemencias del tiempo, como hubieron de sostenerla nuestros primeros padres; ni la explotación pacífica de un privilegiado y pródigo suelo como en la Tebaida; ni el reparto socialista de los lotes de la tierra como en la Laconia; ni el monopolio y la tiranía del Mundo en provecho de un pueblo como en Roma, sino las maravillas de la posesión del suelo y de los mares con la explotación de sus productos, la armonía de los pueblos en la vida del trabajo, el comercio, rápida y honrosamente mantenido: esto en cuanto á principio general y para bien del hombre; y contra ello los Aranceles levantando barreras en las fronteras, y los Consumos levantando barreras en las ciudades, cuanto á cumplimiento de doctrina y para mal de los ciudadanos.

Y hay que arreglar un tal estado de cosas: hay que arreglar eso de los Aranceles en los Parlamentos, y hay que arreglar eso de los Consumos en los Municipios, porque de lo contrario vamos á sufrir muy terribles males.

Presidente quien esto escribe de un gremio numeroso de los de Madrid, hubo, en el pasado año, de intervenir en los trabajos realizados por las representaciones sindicales de los gremios de los artículos de comer, beber y arder de nuestra capital para lograr del Ayuntamiento de Madrid que se rebajara la tarifa de los Consumos. Publicamos artículos en periódicos de gran circulación, redactamos instancia razonada, visitamos Comisiones al Alcalde-Presidente, excitamos el celo de los señores Concejales... ¡todo fué inútil! Contra nuestras razones, el silencio; contra las proposiciones y enmiendas de nuestros amigos, los votos con discutibles artes comprometidos; contra nuestras manifestaciones, la persecución posible, porque ni siquiera se

nos consentía banquetear en parajes públicos que, por ser del pueblo de Madrid, eran más de nuestra propiedad que de la del señor Alcalde y de los señores Concejales. ¡Indignación y lástima nos promovieron con su desacertada conducta aquel Alcalde y aquellos Concejales que tan poco estudiaban las cuestiones y tan mal administraban el Concejo!

Librenos Dios de pretender en absoluto y para toda ocasión la supresión de los Aranceles, abriendo con completa libertad nuestras costas y fronteras á las importaciones del extranjero, porque no desconocemos, ni desconocerlo puede jamás un médico—obligado por su profesión á regimantar hasta el uso del oxígeno que respiramos y del alimento que comemos, con el fin de atender á las imperiosas exigencias de la vida—que la existencia de los pueblos demanda, á veces y por razones semejantes, disposiciones al parecer ruinosas y desatinadas; como no pretendemos tampoco que los Municipios se priven



de recursos indispensables al sostenimiento, cada día más dispendioso, de sus organismos urbanos; pero es muy cierto que un criterio político en los Parlamentos mal aplicado á negocios de suyo esencialmente administrativos, y una habitual ignorancia de nuestros Ediles, desconocedores de la solución que han dado á estos problemas otros pueblos más adelantados, y enemigos además, en su mayoría, de toda aplicación y estudio encaminados á fines que no sean los de favorecer intereses personales, hacen que en España, y más especialmente en Madrid, su capital, nos resintamos de la mala solución que en la actualidad tiene este problema; si es que merece llamar solución á un estado de cosas, á un *modus vivendi* que tiene de una parte el desconcierto internacional por guía, y de la otra la protección del matute, el castigo del comercio de buena fe y el perjuicio grave del ciudadano por resultado.

XIV

Y ya en estas meditaciones, y sin miedo á que tilden de profecías apocalípticas nuestras palabras, hemos de recordar con franqueza que mueren los organismos políticos y nacionales como mueren los organismos carnales, por muchos y variados males, y uno de los que más seguramente matan es el hambre; por esto, cuando apreciamos el estado de la cuestión, según la hemos presentado, y observamos además esas agitaciones socialistas que conmueven la clase obrera, esas turbas desharrapadas que piden pan, y esos atrevimientos anarquistas como los de Jerez, síntomas indiscutibles de un mal grave que sale á la superficie, y vemos el despilfarro de nuestra vida política y el goce tranquilo que de sus cargos tienen nuestros

gobernantes y nuestros Concejales, atentos de ordinario á intereses bastardos, convertimos los ojos á la Historia, madre querida para toda clase de consejos, y nos acordamos de Roma, archivo de tantas enseñanzas para lo bueno y para lo malo.

Y entonces nos parece ver á la ciudad eterna entregada al desenfrenado apetito de sus enriquecidos y degradados patricios, y los vemos gozar en aquellas saturnales, coronados de rosas, tendidos sobre lechos de púrpura, en compañía de mujeres fáciles y ligeramente vestidas, y servidos por jóvenes esclavos que promovían los celos femeninos, alborotada su cabeza con los exquisitos Cécubo y Falerno, dilatado su estómago con los manjares tomados en mesas á cuya provisión y embellecimiento habían acudido el Africa con sus trigos, Siria y la Tebaida con sus especias y sus dulces, el Latio con sus legumbres y sus frutas, Italia con sus ganados, España con sus metales, Grecia con su fantasía,

el mar Tirreno con sus pescados y el lago Lucrino con sus ostras; y parécenos que de la embriaguez de aquellos perfumes, de aquellas bebidas y de aquella trastornada sensualidad los saca un rumor lejano que viene del Norte, de los parajes donde el clima es frío y los inviernos rigurosos, donde cubren el suelo bosques y pantanos; rumor que produce la tercera oleada impetuosa y feroz de aquel pueblo de los hombres robustos y membrudos, de largas barbas, cabelleras rubias y azules ojos, que llevan sobre la cabeza cascos hechos con animales de cabezas salvajes, y cubren sus hombros con mantos de piel; y que aquella oleada avanza terrible, salva los Alpes, estremece el suelo de Italia con el estrépito de su invasión, de sus carros y de sus caballos, y cuando llega á las puertas de Roma, en el cauce del Busento, á la vista de la ciudad decrepita, entonces los Senadores de aquella indomable y mil veces victoriosa raza que, perdido todo un día y encerrada en el Capito-

lio, á las humillantes detenciones de los galos y á la insolente amenaza ; *Vae victis!* de su jefe, Breno, había respondido con el heroísmo de Camilo y Marco Furio; y más tarde, al grito angustioso de sus hijos: ; *Annibal ad portas!*, proferido tras la sangrienta batalla de Cannas, había opuesto el fiero heroísmo de Escipión el Africano y el tremendo castigo de borrar del haz de la Tierra á su rival Cartago; aquellos Senadores, otras veces tan arrogantes y valerosos, huídos ahora de sus orgías para acudir con embajada suplicante y humilde á las vandálicas huestes, al preguntar á Alarico qué les dejaba, oyen aterrados esta lacónica y varonil respuesta: « ¡ Nada más la vida! »

Y no fué esto sólo, sino que cuando un inspirado y santo padre de nuestra cristiana Iglesia, contemporáneo de este desastre, San Agustín, veía la antigua ciudad pagana, ya conversa á la nueva doctrina del Calvario, caer en poder de los visigodos, celebraba

aquello como un castigo de los Cielos á la Babilonia romana, prostituída y embriagada con la sangre de las naciones, y profetizaba que sobre aquellas ruinas se elevaría *la ciudad de Dios*, dentro de cuyos regenerados muros sólo se albergarían la virtud y la paz.

Verdad que ni la virtud ni la paz se albergaron sólo dentro de aquellos muros donde tan agitada vida hubo siempre, y donde tantos Papas murieron en prisión ó asesinados; donde Esteban VII hacía comparecer el cadáver exhumado de su antecesor Formosa ante un Concilio, le condenaba, le amputaba tres dedos y le lanzaba al Tíber, y donde Bonifacio VIII recibía, vestido de sagradas vestiduras, el tremendo bofetón que por mano de uno de sus guerreros le daba Francia, para castigo del cesarismo pontificio; pero la catástrofe cumpliósse, y en ella quedó una enseñanza que debe hacernos meditar ante esas oleadas tumultuosas de la plebe miserable que intenta sus invasiones en

las demás clases sociales gritando con la desesperación que promueven la falta de trabajo, la carencia de recursos para atender á las más imperiosas necesidades, y el asedio de una familia que perece de hambre y de frío: «¡Pan!»





EL ALCOHOLISMO

I

PARA conocer el desarrollo y la transformación de la enfermedad social que nos proponemos tratar ahora, hay que dejar todos los adjetivos y acudir á las cifras, porque solamente ellas pueden dar idea, en breves líneas, de nuestro tema.

Fíjese el lector en las tres siguientes citas que adelantamos, como pudiéramos adelantar otras muchas.

Mr. Everest, ministro de Negocios Ex-

tranjeros en Wáshington, se expresaba así hace poco tiempo, hablando de los Estados Unidos:

«Desde hace diez años, el alcohol ha costado á la América un gasto directo de 3.000 millones (francos) y un gasto indirecto de 600. Ha causado la pérdida de 300.000 individuos; ha enviado 100.000 niños á los asilos, y ha conducido 150.000 personas á las prisiones y 10.000 á los manicomios. Ha inducido á la perpetración de 1.500 asesinatos; ha causado 2.000 suicidios; ha incendiado ó destruído por valor de 50 millones en propiedades.»

El Dr. Callavardin, de Lyon, ha publicado poco ha una obra sobre el alcoholismo y la criminalidad, y en su comienzo hace la siguiente declaración:

«En Francia hay, término medio, anualmente, 121.688 acusados ante los Tribunales, de los cuales, 87.600, ó sea el 72 por 100, son individuos alcoholizados.»

La *Gaceta de Colonia* — diario muy conocido y acreditado en Europa, y bastante entre los españoles por su fácil cambio con nuestras publicaciones y su amor á nuestros asuntos nacionales — publicaba no ha mucho la siguiente relación proporcional de los alcoholizados que resultaban en Alemania entre los condenados á reclusión por variedad de delitos. El total era de 46 por 100.

Sobre los detenidos el	54	por 100
— los asesinos el	46	—
— los homicidas el	63	—
— los causantes de golpes y heridas el	74	—
— los de rebelión el	76	—
— los de violación el	66	—
— los atentados contra la mo- ral el	77	—

No tenemos á mano estadísticas españolas para cotejarlas con estas que damos á título de anticipo, pues más adelante traeremos á cuento las de otros Estados. Pero adelanta-

remos, acerca de tan grave materia, dos noticias, una favorable y otra desfavorable.

Aquella es la siguiente: que nuestro país es uno de los menos castigados por el alcoholismo entre todos los de Europa, por muchas y poderosas causas que más adelante expondremos.

La desfavorable es: que, desgraciadamente, esta enfermedad, que no había tenido grande desarrollo entre nosotros, ha comenzado á tomar fomento, manifiesta ya con sobrada frecuencia sus horrorosos estragos, y por virtud de ello se puede pronosticar, segurísimo de no equivocarse, que transcurrirán pocos años antes de que los Gobiernos, la Prensa, las Academias, las Corporaciones obreras y los individuos observen con espanto sus funestas consecuencias y se ocupen con alarma vivísima de los medios de conjurarlas.

Es decir, que por nuestra situación en Europa, por nuestras costumbres, por nuestros

productos, por nuestra sobriedad, nos hemos retrasado algo en el desarrollo del mal; pero al fin nos hiere, y, como sucede á los demás Estados, también mediremos con terror la extensión del daño cuando ya sea muy profundo, y sean muy débiles nuestros esfuerzos, y muy ineficaces nuestros recursos para contenerle y extirparlo.

Referiremos un hecho muy desconsolador y muy demostrativo.

Hace pocos años, el capítulo destinado al sostenimiento de dementes en el Presupuesto provincial de Madrid sumaba poco más de 50.000 pesetas y sostenía nuestra provincia todos los enajenados pobres que en ella había, fueren de donde fueran: hoy el número ha crecido tanto que, aun habiendo resuelto enviar á sus provincias respectivas los que no han nacido en la de Madrid, gasta por este concepto más de 200.000 pesetas anuales: es decir, en resumidas cuentas, que en seis años escasos ha crecido espantosamente

la locura, y la Provincia se declara ya imposibilitada para acudir á su sostenimiento, ni aun siquiera cometiendo la crueldad de arrojar de su seno á los que han nacido en otras provincias y enfermaron en la nuestra.

He aquí las cifras de aumento:

Ejercicio de 1878-79	pagó	52.838	pesetas.
—	1882-83	—	85.401 —
—	1888-89	—	164.145 —
8 meses del de 1890-91	—	160.250	—

Es el caso, que en este ejercicio último el pago excedió de 200.000; ¡cuatro veces más que once años antes!

Sin extremar afirmaciones, puede asegurarse que uno de los factores que más han contribuído á este crecimiento ha sido el alcoholismo.

II

Para no desviar esta magna cuestión de su natural terreno, y no perder el tiempo con divagaciones utópicas, interesa advertir, en primer término, que es contranatural, y por ello inútil, combatir el uso discreto de las bebidas alcohólicas fermentadas.

Las campañas de proscripción absoluta del vino emprendidas por las Sociedades de templanza en unos países, las tributaciones cuantiosas impuestas á su consumo en otros... y más parecidos remedios que en su lugar y día han de ocuparnos, con los cuales se ha pretendido impedir del todo, ó reducir en gran parte, el uso de estos productos, no han dado los resultados que se apetecían, antes han sido contraproducentes, porque

estas bebidas satisfacen á una verdadera necesidad de nuestro organismo.

Ya se ha contestado á los que ensalzaban las virtudes del agua como bebida exclusiva, por ser la más natural de todas y, en su consecuencia, la más conveniente; que el hombre, cuanto más ha progresado en el camino de la civilización, más se ha desviado de sus antiguas prácticas naturales, que de seguirlas tendrían á su frente las de vivir en las cavernas, comer carnes y hierbas crudas, andar desnudos... y otras lindezas parecidas, muy propias de un riguroso naturalismo.

No pretendemos explicar la causa orgánica ó fisiológica del hecho, ni recordamos haber encontrado autor que lo haya intentado con éxito; pero es lo cierto que en todas las edades y en todos los pueblos, doquiera hayan existido seres humanos, siempre se ha observado haber, con más seguridad que un sentimiento religioso naciente, que una noción de la propiedad, que un otro

esbozo de cultura, una práctica agrícola que permitiese la obtención de una bebida fermentada, y por tanto alcohólica, para su consumo.

La sociedad más decrepita por el agotamiento nervioso de su refinado progreso, y el grupo de neuro-asténicos escogido de entre las cultísimas sociedades de Berlín, Londres, París, Viena, Chicago..., donde más derrotado aparezca el hombre por los extremos de una *cerebración* (valga la frase) sublime, tienen como la tribu más primitiva, como la horda nómada más rudimentaria, sus bebidas fermentadas: los adelantos de la Agricultura, las maravillosas transformaciones de la Química, las industrias con sus peregrinos inventos, modificarán la naturaleza, color, gusto, acción .. de las bebidas, y tenderán á diferenciarlas; pero el apetito orgánico, pero la satisfacción instintiva, pero el estímulo del sistema nervioso que ocurre, guardarán entre ambos tipos sociales su natural relación,



como la guardan entre sí el trozo de foca grasienta y cruda que come el esquimal, y la exquisita calandria trufada que saborea el *boulevardière* parisién.

III

Largo sería nuestro relato si hubiéramos de exponer, en corroboración de esto, una lista de las bebidas fermentadas naturales que han discurrido los pueblos, y de las sustancias de donde las han extraído: lo interesante, lo transcendental que de esta relación se desprendería, es que instintivamente, con mezclas tan estrambóticas como inconcebibles, con artificios variadísimos, todos se proporcionan la bebida alcohólica y todos ocurren á los estímulos de la embriaguez.

La savia fermentada del abedul en Noruega; el *kangangtsyjen* obtenido con la carne

de cordero, arroz y otros vegetales en la Tartaria; el *slivovitza*, elaborado con el zumo de ciruelas maduras en Austria; el *haschich*, debido á las hojas y sumidades floridas del cáñamo indiano en Oriente; el *arak*, extraído del mosto de arroz en la India; el *koumis*, ó leche fermentada de los cosacos; el *pulqué* mejicano, preparado con el zumo del *Agavus* americano; el *puchiri* de los indios del Oya-pock, procedente del mosto de la batata; el *bland*, obtenido del suero en las islas Orcadas..., y otros infinitos productos que no hay para qué citar, proclaman la verdad de nuestro aserto y lo insensato que sería acometer la solución del problema con un criterio radical.

I V

A la cabeza de todos estos productos hay que poner al vino obtenido con la fermentación natural del mosto de la uva madura; y de él hay que decir, en justicia, que tan numerosas y tan preeminentes son sus bondades, que por ellas debe estimársele como uno de los más preciosos dones de la Naturaleza.

Las ninfas misteriosas de los campos han desleído en sus caldos, con los más lindos colores, los más delicados aromas y los más exquisitos gustos; poetas afamados han compuesto en su elogio inspiradísimos cantos; las teologías todas y los sagrados libros le han dedicado pasajes interesantes, y recibe el más excelso de los cambios en los símbolos misteriosos de la transustanciación. Por él, durante el otoño, se alfombran campos

y colinas con los frescos pámpanos y brillan al sol los hinchados racimos de topacio y rubíes; por él se animan los pueblos con la más rica de las cosechas y se alborotan los lagares con la más alegre de las faenas agrícolas, y por él comarcas enteras, provincias y naciones viven y prosperan á la sombra de muy productivas industrias.

Él fortalece al niño raquítico y á la mujer débil, y se le reputa de ser como una segunda sangre para el ya desfallecido viejo; él, junto con el caldo, sirve de poderoso recurso alimenticio, nunca bastante celebrado, con el cual los enfermos soportan esas anquiladoras fiebres y pertinaces desganas que comprometen su vida en las rebeldes luchas contra el mal; y por ser bálsamo de vida ocurre que, cuando ya el cuerpo agoniza y las energías todas han cedido derrotadas por el sufrimiento, y cuando vidriosos los ojos, descompuesto el semblante, sin pulso las arterias, los últimos alientos de un pul-

món que apenas respira salen imperceptibles por los cárdenos labios, entonces, todavía las cucharadas del vino luchan por reanimar aquel expirante sér.

Él es benéfico compañero del trabajo, y al mismo tiempo que vigoriza el músculo del obrero, despeja las nieblas de su espíritu y pone en sus labios la canción alegre; y él es, en fin, quien en esos banquetes de familia, después de remover en todos los ánimos gran bullicio y hondos afectos, tiernos y generosos, cuando el jefe de ella se levanta y en aquel escenario de flores y luces siempre reflejadas en cristalerías, porcelanas y metales, empuña la copa donde el acaramelado Champagne hierve con delicioso rumor de inquietas burbujas, y brinda por la felicidad de los presentes, entonces sacude el alma de todos los comensales con paraxismos de inefable dicha, y aparece como el más sublime y el más benéfico regalo que los Cielos han podido hacer al hombre para consuelo de sus tris-

tezas infinitas y para alivio de sus sufrimientos implacables.

V

Pero resulta ley de fatal cumplimiento que todo lo que es bueno y fuente de vida usado en discretas proporciones, se convierte en malo y causa de muerte en proporciones exageradas: bueno el sol cuando hermosea el Universo y derrama la vida sobre la Tierra durante la primavera, pero malo durante los estiajes abrasadores, cuando agosta la vegetación, resquebraja el suelo y asfixia los animales; buena la lluvia, porque fecunda los campos y purifica la atmósfera, pero malas las tempestades porque inundan los poblados, arrasan las cosechas y causan el exterminio; bueno el sentimiento religioso que enfrena las pasiones y eleva el espíritu á los

cielos, pero malo el fanatismo que suscita los odios y promueve la guerra...; y por esta razón, que á todo lo más necesario, lo más santo y lo más virtuoso alcanza, bueno el vino cuando en sanas proporciones se usa, y malo cuando en demasía, y por arrastre de vicio, determina la embriaguez.

Pero de tal manera han cambiado los tiempos, haciendo relativamente bueno y á todas luces preferible lo antes tenido por malo, que cuando comparamos la embriaguez antigua al vino debida, con la intoxicación del alcoholismo moderno, ya evocamos aquélla con simpatía y reconocemos en su evolución atributos dignos hasta de ser celebrados.

La embriaguez producida por los nobles vinos de Borgoña, de la Toscana, de Burdeos, de Valdepeñas, del Rhin... por la sidra y por la cerveza, promueve esas deliciosas transformaciones del espíritu que con tan sublime arte ha descrito el tierno Amici; ocasiona esas plácidas escenas de familia que

han pintado á la perfección, en regocijados cuadros, los más primorosos maestros de las escuelas holandesa y flamenca; y allá, á la larga, tras años de porfiadas libaciones, imprime cierto sello humorístico al sujeto, cuyo cuerpo engrasa, cuyos ojos vasculariza, cuyas mejillas enciende, cuya nariz abulta y colorea fuertemente, y hasta le permite llegar á edades avanzadas, habiendo recorrido un camino alfombrado de pámpanos deliciosos, que no le ha impedido ser un buen ciudadano, un administrador excelente de sus intereses y un venerado jefe de su familia.

VI

Permítanos el lector que para apreciar mejor lo que el alcoholismo moderno es, y la razón de sus estragos, dediquemos algunos párrafos más al vino antes de estudiar el

grupo de los alcoholes y sus efectos tóxicos.

Entre las análisis químicas más curiosas, figuran las que Comboni ha hecho de los escobajo, pellejo, pulpa, pepitas y jugo de las uvas, respectivamente, por las cuales se viene en conocimiento de la acción alimenticia poderosa de este sabroso fruto. ¡Qué riqueza en tanino, gomas, sales de potasa, cal y fosfatos, en materias albuminoideas y ácidos orgánicos, en sustancias azucaradas y principios etéreos aromáticos! Y por parecida causa, maravilla el estudio de cualquiera de las muchas análisis que de los vinos se han hecho, poniendo al descubierto también sus alcoholes, sus azúcares, sus gomas, sus ácidos numerosos, sus aceites esenciales y sus éteres, sus principios colorantes y sustancias albuminoideas, y su riqueza en sales tártricas, fosfatadas...!

Quizás por esto, en materia de composiciones variadas y expresivas nada hay superior á las de los vinos, los cuales parece que

extraen y sintetizan los más preciados atributos naturales de las comarcas donde se han criado; por cuya razón, de ningún otro fruto puede decirse con más motivo que es un trocito de la tierra natal.

Todo en las regiones geográficas es correlativo y armónico: el color y la luz de su cielo, la producción de sus campos, el desarrollo de sus habitantes, la arquitectura de sus viviendas, la melodía de sus cantares, las tendencias de sus juegos, los héroes de su literatura... todo forma creaciones orgánicas, lógicas y características; y no parece sino que el racimo de uvas, como fruto privilegiado y delicadísimo entre los demás frutos, recoge en su opulenta composición estas irradiaciones de la naturaleza viva y las transfiere á sus mostos fermentados, diluyendo en sus éteres y sus ácidos, en sus azúcares y alcoholes, en sus gomas y sus sales... como la quinta esencia de aquellas privilegiadas manifestaciones de la Creación.

No es engaño de la fantasía, sino expresión de verdad, si se advierte que los caldos prietos y astringentes de Aragón y la Rioja corresponden á la condición algún tanto zahareña y francamente varonil, al carácter espontáneo y noblote de los hijos de aquella tierra; que la Manzanilla y el Jerez guardan algo del sol espléndido, el cielo risueño, el ambiente perfumado con azahares y claveles de los cármenes de Andalucía; que el Champagne canta con su rumorosa espuma la elegancia artística, la bizarría histórica y la imaginación opulenta y generosa del pueblo francés; y que el vino del Rhin evoca al punto el sentido recuerdo de aquel río profundo y lleno de leyendas, de aquellas márgenes frondosas y novelescas donde se alzan los castillos de fantásticas líneas, y donde inefables bellezas de una poesía melancólica despiertan en el alma los ensueños de la balada alemana.

Después del mágico y sublime espasmo

que, en extranjero suelo, produce la bandera nacional en lo alto de un barco, nada puede evocar el sentimiento de la patria como una copa de vino de la tierra natal, porque ella inunda el alma con ese aroma de los campos, y esa luz del cielo, y ese recuerdo de las dichas gozadas que constituyen el sabor de la tierra.

VII

Y por ser esto verdad, observamos que, aparte las singulares reacciones de todo organismo contra la intoxicación alcohólica, las cuales engendran la individualidad del sujeto ebrio, no sólo ocurre que la embriaguez de la cerveza se caracteriza por ser pesada y soñolienta, taciturna y propensa á que el espíritu navegue á través de tinieblas y de ensueños vagos y fantásticos, que explican

en parte el carácter de la literatura alemana; y que la embriaguez de la sidra — ocurrida, como la anterior; sólo después de vaciar muchos y grandes vasos de líquido, por la corta cantidad de alcohol que ambas bebidas tienen — se caracteriza, á su vez, por que el espíritu se entontece y humilla, se abate y rinde; y que la del vino inflama la imaginación, despierta los generosos sentimientos, iergue la vanidad, abre las puertas del campo á las aventuras del quijotismo y las de la confianza á los secretos, haciendo surgir los atributos del niño loco y alegre de lo más hondo del hombre correcto y reflexivo, sino que, además de todo esto, cada vino ó bebida suscita, por lo especial de su composición, delicados y variadísimos matices dentro de las líneas fundamentales de esta misma embriaguez.

He aquí, en cortas y pálidas líneas, expuestas algunas de las más principales reflexiones que suscita la embriaguez produ-

cida por las bebidas naturales fermentadas. Sin que con ellas pretendamos hermostrar lo que llevado al extremo es repugnante, defender lo que en justicia ha sido en todos tiempos combatido, estimar como sano lo que ha sido fuente abundantísima de males, y desconocer, en fin, que hablaba con desacierto Rabuteau, cuando en el Congreso internacional celebrado en 1878 para tratar del alcoholismo, decía que no se hubieran reunido los sabios con tal objeto si el hombre hubiera bebido sólo vino y alcohol etílico, porque verdad es que ya habían pasado muchos siglos desde que Licurgo emborrachaba á los ilotas para que su repugnante degradación contuviera en la templanza á los ciudadanos de Esparta, veremos, con todo esto, que el siglo actual ha venido á presentarnos cuadros peores que el del ilota ebrio, y á producir males de mayor gravedad que los lamentados durante los antiguos tiempos.

VIII

No se puede precisar desde cuándo se conoce el alcohol, siquiera algunos atribuyan á Arnaldo de Villanueva y otros á Albucasis (ambos médicos) el descubrimiento y la presentación del más afamado, antiguo y sano de todos los alcoholes, el del vino de uva, ó alcohol etílico por otro nombre.

Lo indudable es que su descubrimiento supone uno de los adelantos más valiosos realizados por la muy sabia y muy útil ciencia química; y que nació al conjuro de ese simbólico y retorcido aparato llamado el alambique, cuya extraña figura parece encarnar los misterios de la Alquimia y requerir de quien le manipula vestimenta de túnica y capuz llena de asteriscos.

Dícese — ¡lo de siempre! — que ya los

chinos practicaban la destilación hace muchos siglos; y está mejor sabido que los árabes, durante el período de su espléndida civilización, obtenían aguardiente de los cereales; que más tarde, en el siglo XIII, los alquimistas de Occidente separaron el alcohol del agua, siendo preciso llegar á dos químicos alemanes, Lowitsch y Richter, y al año 1796, para obtener lo que se llama alcohol absoluto, es decir, el alcohol puro, separado de toda mezcla, hasta con el agua, su mejor y más fácil compañero.

Pero quien realmente ha venido á descubrir la *familia* de los alcoholes y á caracterizar *sus funciones*, abriendo, más que un grandioso capítulo, un riquísimo horizonte de muchísimos cuerpos, cuyo número y cuya importancia cada día crecen más y más, fué el inmortal químico Dumas, allá por el año 1834, cuando estudió con Peligot el espíritu de madera.

Y así como no hay un metal, sino una se-

rie cada día creciente de metales, que se caracterizan por determinados atributos, de igual modo se abrió entonces la lista á una serie de cuerpos que se hubieron de llamar alcoholes, porque tenían las dos siguientes propiedades comunes: la de ser oxigenados, y la de que comportándose como si fueran bases hidratadas, al ponerse en contacto con ácidos, lo mismo minerales que orgánicos, formaban éteres y desprendían agua.

Es decir, que venían á ser dentro de la química orgánica como los óxidos metálicos ó las bases en la inorgánica; y la combinación de ellos con los ácidos daba éteres, como la combinación de los óxidos metálicos con los ácidos en la inorgánica daba sales.

En otros términos: los alcoholes son verdaderos hidratos orgánicos, enteramente análogos á los hidratos básicos de la química mineral.

Desde entonces á la fecha, los químicos se dieron á descubrir alcoholes, como desde

que se planteó la fórmula del parasitismo los médicos se dieron á descubrir especies de microbios: es el maravilloso poder de la luz proyectada sobre nuevos horizontes antes ignorados.

Fuera de dicha propiedad, en las demás difieren lo indecible estos cuerpos; tanto, que los hay sólidos como el *cinámico* y el *cirílico*, y los hay grasos como la *glicerina*, y excusado será decir si variarán en sabor y en toxicidad... etc., etc.

Se agruparon por razón de una propiedad, que no hay para qué detallar aquí — á fin de no hacer más confusos estos datos á quien no entienda de Química una palabra — en varias series, llamadas monobásica, bibásica, tribásica..., en cada una de las cuales se incluyeron, como es natural, los que presentaban aquellos atributos diferenciales; y hemos de advertir que en la primera hay una crecida lista de cuerpos, obtenidos en su mayoría de los mostos naturales fermentados (mostos

del vino, de la remolacha, maíz, patata, arroz...), los cuales constituyen el alma de los alcoholes llamados industriales, de los vinos, de los licores... etc.

Una pléyade ilustre de sabios investigadores han sido los buzos que han logrado sorprender estas maravillas en los profundos misterios de la materia orgánica. Wurtz, Kolbe, Boutlerow... diferenciaron los alcoholes de la primera serie; Berthelot y otros de glorioso recuerdo, estudiando los azúcares y los cuerpos grasos, ilustraron la constitución y la síntesis de los de otras series. Su obra encanta, no sólo por la delicadeza del descubrimiento, sino por la prodigiosa fábrica de la Naturaleza que pone al descubierto, revelando una vez más cuánto inefable esmero y cuán sublime armonía presiden á todas las leyes de combinación de la materia.

Tres cuerpos — el carbono (C), el hidrógeno (H) y el oxígeno (O) — combinados entre sí, forman estas series. (¡Forman ade-

más tantas!) Invariable en la primerae l oxígeno, los cambios en proporción armónica de cantidades de los otros dos (adición ó sustracción de estos equivalentes, CH^2) crean diferentes alcoholes, de los cuales, y para muestra, consignaremos sólo algunos, con los nombres de sus autores y la fecha de su descubrimiento:

Alcohol metílico. . . .	CH^4O .	— Taylor, 1812.
— vinico. . . .	$\text{C}^2\text{H}^6\text{O}$.	— Arnaldo de Villanueva, 1300.
Alcoholes propílicos . .	$\text{C}^5\text{H}^8\text{O}$.	— Chancel, 1853.
— butílicos. . .	$\text{C}^4\text{H}^{10}\text{O}$.	— Wurtz, 1852.
— amfílicos. . .	$\text{C}^5\text{H}^{12}\text{O}$.	— Scheele, 1795.
Alcohol caproico. . . .	$\text{C}^6\text{H}^{14}\text{O}$.	— Faget, 1862.
— enantílico. . . .	$\text{C}^7\text{H}^{16}\text{O}$.	— Faget, 1862.

Y así sucesivamente otros muchos.

El alcohol más característico de todos, el que recibe con especialidad este nombre y á él se hace referencia siempre que sólo de alcohol se habla, es el segundo, ó etílico, derivado de la fermentación del azúcar de uva,

el más abundante en el vino, si bien se debe advertir que en este líquido los hay de otras clases, aunque en mucha menos cantidad.

Por el contrario, de la pulpa de patata, del mosto de los cereales, del de la remolacha, de la melaza de la caña de azúcar..., por tener azúcares ó féculas capaces de transformarse en ellos, se obtienen más ó menos predominantes otros alcoholes, además del etílico ya mencionado.

Todos estos alcoholes producen efectos tóxicos en el cuerpo humano, cuando se usan en cantidades inconvenientes, pero se diferencian en el grado de su acción; resultando de esta diferencia la mayor ó menor toxicidad de los licores ó bebidas, según la cantidad y la calidad proporcional de los alcoholes que contengan.

Aunque este punto del grado de acción tóxica de los alcoholes sea muy difícil de precisar, y lo sea el de adquirir aquella ilustración y certeza que exige la verdad cien-

tífica, mucho se ha descubierto ya por el esfuerzo de experimentadores eminentes, en su mayoría médicos. Dujardin-Beaumetz y Audige han hecho famosos sus estudios sobre el particular, y de sus conclusiones, recordaremos que las dosis necesarias para intoxicar mortalmente un kilogramo de peso de cuerpo son los siguientes:

De alcohol etílico.	8,00	gramos.
— propílico.	3,90	—
— butílico.	2,00	—
— amílico.	7,70	—

Es decir, que, según dichos autores, la cantidad 1,70 de alcohol amílico envenena tanto como 8 de alcohol etílico. Que sea ésta la proporción, que sea de 10 á 15 veces más tóxico, según afirmaba Cros en 1863, que lo sea cinco veces, según nuestro compatriota el naturalista D. Vicente Vera..., es lo cierto que hay diferencia entre la toxicidad de unos y otros alcoholes, y ésta parece que se puede

ordenar de la siguiente manera, procediendo de los menos tóxicos á los más:

Alcoholes y aguardientes de vinos; de peras; de orujos de uva y de sidra; de granos; de remolachas y melazas de ídem, y de patatas.

En esto radica el tan manoseado tema de los alcoholes industriales, que expondremos á continuación.

IX

Hablemos ahora de los alcoholes industriales.

Ha reinado entre las gentes mucha confusión sobre esta importantísima materia.

Hemos de entender aquí, y para nuestro objeto, por alcoholes industriales los que lanzan al comercio esas grandes explotaciones fabriles, en casi su totalidad de proceden-

cia extranjera, obtenidos con los mostos de la remolacha, la patata; los cereales..., y los cuales son luego aplicados á la elaboración de licores y vinos destinados al consumo.

El hecho de que un alcohol sea de esta procedencia no supone necesariamente que sea malo, porque de igual modo que en la fermentación del mosto de la uva se producen otros alcoholes, además del etílico, siquiera sea en mucha menos cantidad, así también en la fermentación de los restantes mostos se producen, con los alcoholes más nocivos — amílico, propílico... — otros que lo son menos, entre ellos el etílico, los cuales pueden ser obtenidos puros, con destilaciones convenientemente rectificadas.

El afamado Brouardel ha dicho, y se comprende la razón que abona su tesis, que el alcohol de vino obtenido en las pequeñas destilerías agrícolas con los antiguos procedimientos, es más impuro que el alcohol industrial procedente de las grandes fábricas á la

moderna, donde con sus hermosos y perfeccionados aparatos se lleva la rectificación de los cuerpos á un grado satisfactorio. Y buena prueba de que aun en los vinos hay pequeñas cantidades de alcoholes impuros, es que un ilustre químico, Ordonneau, ha extraído de un hectolitro de vino blanco que había producido 10 kilogramos de alcohol etílico, 10 gramos del propílico, 55 del butílico y 27 del amílico.

Todos los alcoholes — y hemos de contraernos á los formados con los mostos fermentados — hierven y se destilan á diferentes grados: por ejemplo, el metílico, á $66^{\circ},5$; el vínico, á $78^{\circ},4$; el propílico, á 96° ; el amílico, tan conocido por haber cargado solo, ante el vulgo, con la responsabilidad de los daños producidos por todos ellos, á los 132° ... y así sucesivamente.

Resultado: que así como cribas de diferentes agujeros permiten separar, unos de otros, cuerpos que están mezclados, y son

de tamaños distintos, así también destilaciones á diferentes grados, cuando se hacen con ciertas precauciones, permiten separar de esa mezcla complejísima que representa un mosto fermentado, los diferentes alcoholes que se han producido.

Logrado esto, el alcohol etílico obtenido de la remolacha, de los cereales... etc., es tan bueno como el obtenido del vino, por ser el mismo compuesto químico, de igual manera que el oro recogido de entre las arenas del Darro es tan oro como el procedente de la mejor mina de California.

Lo que sucede es que la codicia, la explotación industrial, hacen circular alcoholes mal rectificadas, con gran cantidad de impurezas; y que estos productos, sirviendo de base á la fabricación de los licores, al encabezamiento de los vinos flojos..., hacen ya peligrosas las bebidas correspondientes.

Tres razones poderosas han venido á coincidir en estos tiempos para que el proble-

ma de los alcoholes industriales se haya significado en la cuestión social del alcoholismo; son las siguientes: 1.^a El exorbitante aumento que hay en el consumo de las bebidas destiladas. 2.^a Los estragos causados en la viticultura y en la vinicultura por las enfermedades parasitarias de la vid. Y 3.^a Los maravillosos descubrimientos realizados en la formación de los alcoholes y en su destilación.

X

Asusta, acerca del primer extremo señalado, la enorme diferencia que hay entre el alcohol que se consumía hace pocos años en los pueblos civilizados y el que se consume hoy. No siendo propio de este lugar muchas cifras, apuntaremos sólo algunas para que nuestros lectores comprendan la importancia del cambio.

Empecemos por Francia y demos sólo las de algunos años, por décadas:

AÑO	Consumido	Por habitante
	<i>Hectolitros.</i>	<i>Litros.</i>
1850	885.200	1,46
1860	851.885	2,27
1870	882.790	2,32
1880	1.313.831	3,64
1888	1.468 443	3,84

Es decir, que en treinta y ocho años el consumo anual por habitante ha subido desde 1,46 litros á 3,84 litros.

En Inglaterra se consumía por habitante 4,12 litros de alcohol en 1829; el año 1871 era de 9,07. Hoy Inglaterra ha disminuído este consumo, gracias á sus medidas contra el alcoholismo.

En Alemania el consumo anual por habitante, que apenas ha variado desde 1880, viene á ser de cerca de 8 litros.

En Holanda era de 3,84 en 1871, y ya en 1875 era de 4,78 litros por habitante.

La fabricación de los alcoholes en Europa y en los Estados Unidos se calcula que excede de 23 millones de hectolitros por año.

Pero no es esto sólo, sino que en Francia, por ejemplo, los alcoholes obtenidos de los vinos, manzanas... representaban anualmente, en el período de 1840 á 1850, un total de 815 000 hectolitros en una producción de 891.000; es decir, que sólo una pequeña parte, 76.500, eran alcoholes de industria: pues en 1885, siendo la cantidad total de alcohol 1.864.451 hectolitros, el 95 por 100 procedía de los alcoholes del maíz, de la remolacha, arroz, patatas..., mientras que el alcohol de vino no era más que de 13.340 hectolitros.

Véase á continuación la producción comprobada oficialmente en 1885 en Francia, según Claudio, de los Vosgos; el primer grupo es de alcoholes industriales:

Alcoholes de melaza.	728.523	} el 94,50
— de granos.. . . .	567.768	
— de remolachas.. . . .	465.451	
— de orujos y heces de vino..	43.823	} el 5,50
— de vinos.	23.340	
— de sidras.	20.908	
— de frutos diversos.	14.708	
	<u>1.864.451</u>	

Esta producción de alcoholes industriales de la Francia es muy pequeña con relación á la de los países del Norte, alemanes, rusos y suecos, principalmente; y ya puede dar alguna idea de tal industria consignar, por ejemplo, que en 1886 (no tenemos á la mano cifras posteriores) fueron importados sólo á nuestro país 102 millones de litros, de los cuales 76 $\frac{1}{2}$ eran de alcohol alemán y 25 de otros pueblos.